

XXI

«Madrid es una ciudad llena de colores en primavera», exclamaba Eliza con la cámara réflex en su mano. Fotografiaba los tonos azules del cielo a diferentes horas del día; las fachadas de ladrillo de los edificios del centro de la ciudad; los árboles en flor del parque del retiro, las mesas plateadas de las terrazas de los bares, llenas de bebidas y platos de comida; los atardeceres, cada vez más tardíos, del templo de Debod; las sombras alargadas de los viajeros reflejadas en el suelo por la luz entrante desde los ventanales de la estación de Atocha; las persianas de hierro de los escaparates cerrados, decoradas con dibujos y motivos artísticos; los matices rugosos de los tejados cerámicos de las casas, vistos desde las alturas de algún lugar donde nos colábamos; la expresividad en los rostros de la gente, los besos y los abrazos al saludarse. «En mi ciudad no hay árboles en las calles y los edificios son tan altos que las personas no hacen sombra al caminar. Los tejados son planos, no hay tejas y la gente no se besa en público». Era Madrid a través de los ojos de Eliza. Detalles de la ciudad en los que yo nunca me habría fijado. Ya fuese por su innato pudor americano o bien por su personal teoría de la belleza de los besos en la mejilla entre las parejas, es así como me recibía siempre que iba a buscarla a la salida de sus clases, con un tierno beso en los mofletes. «Es tan divertida esa palabra, ¡moflete!», la pronunciaba a su manera, sin rastro de la te. Entonces realizaba una crítica acerca del feo y rígido edificio de su universidad. «Es inexplicable que se puedan estudiar las bellas artes en un lugar así». Y nos íbamos a comer algo. La mayoría de las veces, un bocadillo de calamares, sentados en el empedrado de la plaza Mayor, con dos botes fríos de cocaola y un montón de servilletas de papel. «¡No sé cómo te puede gustar con limón!», me decía con la boca llena de pan. La primera vez que los probó, pensó que eran aros de cebolla. Cosas de yanquis. Otras veces íbamos a merendar a un bar donde solo

servían cereales con leche de colores. Tenían toda una pared cubierta con cientos de cajas de cereales americanos importados a escoger. «*It makes me feel like home*», decía con añoranza patria. Y acto seguido me explicaba por qué debía elegir los apetitosos «*Lucky charms*», con sus *marshmallows*, frente a los aburridos «*Froot loops*». «¡Cómo puedes decir que son iguales!», se llevaba las manos a la cabeza. Yo lo que no entendía era cómo podía merendar, incluso desayunar, cereales con gominolas. Con los estómagos saciados, improvisábamos el resto de la tarde. Mirábamos la cartelera repleta de películas antiguas en versión original con subtítulos del cine Doré. Yo nunca conocía ninguna de las películas en cartel, así que era Eliza la que decidía si merecía la pena entrar. «Solo por lo bonito que es ese cine por dentro, ya merece la pena», puntualizaba en cualquier caso. Le gustaban los libros de arte, con grandes ilustraciones. A veces, nos sentábamos en los sofás de colores del Palacio de Correos y me explicaba tal pintura o tal otra escultura. «No puedes entender la primavera sin los trazos de Botticelli, las melodías de Vivaldi o las curvas de Rodin», me gritaba con un libro de pinturas de temática primaveral en sus manos. «Esta es Flora, diosa de la vegetación, y estos son Venus y Cupido. ¡Es una alegoría del amor platónico!», señalaba el cuadro de Botticelli. «Pues yo diría, por sus caras, que los personajes de este cuadro están tristes», era mi paupérrima aportación cultural. «Este me gusta mucho, creo que es mi favorito», señalaba la página posterior. «Es la "Huerta en Primavera" de Sisley, tienes un buen gusto», me besaba en el moflete y pasaba de hoja. Otras veces era yo quien le hablaba de antenas, de software y de anécdotas sobre el mundo de las telecomunicaciones. «*Mr. Watson, come here*», imitaba con el tono solemne que habría utilizado Bell para llamar a su ayudante desde la habitación contigua, en la primera llamada telefónica de la historia. «*I can't believe it*», suspiraba con extrañeza al conocer el origen del logo de Apple, surgido supuestamente de la alimentación vegetariana de Jobs. Algunas tardes, después de estudiar, aprovechábamos las últimas horas de acceso gratuito a los distintos museos del triángulo del arte de Madrid. Eliza podía estar horas contemplando cada uno de los cuadros allí expuestos. Solíamos acabar en frente del Jardín de las Delicias del

Bosco. Ella observaba el paraíso de Adán y Eva y yo, el infierno musical. «Deberían exponer el tríptico cerrado alguna vez, también forma parte de la obra de arte», se lamentaba Eliza. Y me enseñaba en su móvil una foto del cuadro cerrado, donde se veía una esfera terrestre, sin hombres ni animales y una pequeña imagen de un dios creador. Algunos días, los que más, ella se quedaba a pasar la noche en mi habitación. Nos dormíamos bien entrada la madrugada después de divagar sobre la existencia, el sentido la vida y otros temas menores. «*Life is what happens to you while you're busy making other plans*», cantaba mientras veíamos videos de John Lennon en youtube. Me corregía y enseñaba palabras en inglés que no aparecían en los diccionarios, pero que se usaban a diario. Descubrí que la mejor manera de aprender un idioma es compartir almohada con tu profesora. Jugábamos a «*would you rather*», me preguntaba qué prefería, si tener un millón de dólares ahora mismo, o recibir cinco millones dentro de cinco años. Y yo no tardaba ni un segundo en responderle que los cinco millones, aunque tuviese que esperar. «*It has no sense at all! Life's today*». Entonces me hacía repensar mi respuesta y, para que no viese la indecisión en mis ojos, le preguntaba si prefería un beso en ese mismo momento o cien a la mañana siguiente. «*One hundred now!*» Qué otra cosa podía hacer yo más que dárselos. Y terminábamos haciendo el amor, hasta que nos dormíamos.

La relación entre Eliza y yo era ya un hecho. Así suceden a veces las cosas en la vida, como si no tuviesen importancia. Llegan sin anunciarse, se cuelan sin levantar sospechas y, de repente, parece que llevasen ahí todo el tiempo. Como un táper de plástico en una cocina; o una camiseta desgastada de pijama en un armario; o un libro con las hojas decoloradas en una estantería. Uno no es capaz de recordar cuándo llegaron ahí. Eliza era ruidosa, inquieta y desordenada. Estar con ella me provocaba armonía, calma y equilibrio.

Y entonces apareció Patricia, de nuevo.

*«Necesito verte. Es importante.
Dime dónde y cuándo, por favor.»*

Parecía algo serio. Quizá le habían detectado una enfermedad

terminal. Quizá acababa de dar a luz a un hermoso niño concebido en nuestra última relación sexual hace meses, hice cuentas. Quizá era para advertirme que un virus desconocido, que convertía a los humanos en zombis, estaba extendiéndose por la ciudad como la peste. Tardé unas horas en responder. Estudié los grados de rencor, enfado y cariño que aún convivían dentro de mí, ya en una paz concertada, aunque frágil. No sabría cuál sería mi reacción al volver a verla. Decidí limitar los posibles daños y la cité en el mismo lugar donde la vi por última vez.

*«Hay una pequeña cafetería en
la planta de arriba de la estación.
Nos vemos ahí en una hora.»*

Había que desvelar el asunto.

—Podías haber elegido un sitio un poco más apropiado. —Me saludó con un beso en la boca—. Disculpa, es la costumbre. ¿Nos sentamos?

Era una cafetería pequeña, de paso, en mitad de la planta de la estación, sin intimidad, rodeada de gente en tránsito, ruido de trenes y motores de autobús. Había dos mesas altas con taburetes, llenas de servilletas sucias, restos de café derramado y vasos de cartón arrugados.

—¿Cómo estás?

—Bien —reaccioné—. Un poco inquieto por tu mensaje, ¿ocurre algo?

—No ocurre nada —desveló el misterio—. Es solo que hace mucho que no sé de ti, no respondiste a mi anterior mensaje y esto ya ha llegado demasiado lejos. —Mostró signos de indignación.

—Estaba enfadado contigo, por eso no te respondí —le confesé—. ¿A qué te refieres con «esto»?

—¿Cómo que a qué me refiero? Pues a ti y a mí y al tiempo que decidimos tomarnos —parecía regañarme—. ¡Ya es suficiente!

Casi me caigo del taburete. ¿Decidimos? Me pareció un plural demasiado generoso. Así había sido siempre la relación con Patricia, ella dando órdenes, yo obedeciendo. Sumiso y dócil, lo peor de todo es

que lo hacía de manera voluntaria. Yo solo había querido estar con ella y que fuese feliz, sin importarme el cómo. Supongo que fue mi culpa. Querer estar con alguien, a cualquier precio, sin importar nada más, es bonito, incluso romántico, pero muy aburrido. El aburrimiento es la semilla del árbol de la indiferencia. Patricia se aburría de estar conmigo. Y ahora se aburría de estar sin mí.

—Las cosas ya no son así —convertí mi enfado en comprensión—. Fuiste tú quien necesitaba tomarse un tiempo, no hubo consenso. Yo quería estar contigo, ahora las cosas son distintas.

Empecé a aclarar las ideas también en mi cabeza.

—¿Has conocido a alguien? —Elevó el tono.

—No se trata de eso —no quería desviar la conversación—. Confiaba en ti, teníamos planes y me dejaste fuera. Me rompiste con la facilidad que se rompe una rama seca de madera con las manos.

—¿Desde cuándo te has vuelto un poeta? —Estalló—. Necesitaba un poco de tiempo para aclararme, conocí a otro chico, tenía dudas, quería probar. —La gente a nuestro alrededor se giraba con disimulo al oír las voces—. ¡Ahora ya no!

—Será mejor que te calmes —no sé si le dije a ella o a mí.

¿Otro chico? Me asomé al precipicio de la ira. ¿Quién? ¿Cuándo? Quería preguntarle pero me contuve. Prefería no saberlo.

—Te estuve esperando días, semanas, no supe nada de ti —intentaba no levantar la voz—. Utilicé ese tiempo para aclararme yo también y ahora las cosas han cambiado.

—¡Eres un gilipollas! —Empezó a llorar—. Me equivoqué, ¿vale? ¿Es que tú no te equivocas nunca? —Sollozó entre lágrimas.

La abracé y entonces comprendí al protagonista de todas aquellas películas románticas que habíamos visto juntos tantas veces atrás; y por qué nunca retomaba su relación con la Chica 1. Entendí por qué, cuando te expulsan de un equipo, aunque te rueguen que vuelvas al instante siguiente, ya nunca podrás volver a sentirse igual de comprometido.

—Tengo que irme —le susurré al oído, no había ya mucho más de lo que hablar sin repetirse, reprocharse o enfadarse—. Eres una chica fuerte, estarás bien.

Me besó en la boca. Tenía sabor a sal y despedida. Cerré los ojos por un instante y como un flash se dispararon en mi mente los buenos momentos que habíamos vivido juntos. Un instante apacible y sereno. Transformé todo el intenso amor que hubo en un cariño sincero, y el cariño en un recuerdo agradable. Así fue mi último beso con Patricia. Nos separamos y, por segunda vez en aquella estación, volví a verla alejarse y sumergirse en un mar de pasajeros desconocidos.

ESCRITORES.ORG